



Ciclo de Charlas preparatorias para la 1ª Jornada de Historia Social:

“DEBATES EN TORNO A LA HISTORIA SOCIAL, UNA APROXIMACIÓN DESDE LOS HISTORIADORES”

Profesor Sergio Grez Toso
Profesor Universidad de Chile
Director Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna

Resumen

Sergio Grez realiza una revisión acerca de lo que se ha entendido por Historia Social, ejercicio que considera fundamental para explicar la importancia y vigencia actuales de la misma. Partiendo por una mención a la historia decimonónica, llegando luego a los principales postulados de la escuela francesa el autor concluye con las ‘ventajas’ que posee la historia social frente a los sujetos y las problemáticas de estudio histórico. Así, su vinculación con lo político, en términos sociales amplios, permite extender la historicidad hacia los sectores populares. Pero, además, la historia social remite también a lo cotidiano y cultural, por lo que es ésta opción teórica se presenta como la entrada más conveniente para llegar estudiar lo ampliamente entendido como social.

Primera sesión, realizada el día miércoles 2 de junio de 2004, en el Auditorio N° 1 de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, con la participación del profesor **Sergio Grez Toso**. El tema tratado fue: **“HISTORIA SOCIAL: IMPORTANCIA Y VIGENCIA EN LA ACTUALIDAD”**.

Buenas tardes. El tema con el cual me comprometí para hoy día se llama *Historia social: importancia y vigencia en la actualidad*, pero después de pensarlo un poco y de considerar que para muchos de Uds. esta es la “introducción a la introducción” a la cuestión, me dije que no necesariamente todos tienen claro qué es la historia social. Así que antes de hablar acerca de su importancia y vigencia actual, me voy a abocar en explicar en qué consisten las dos grandes visiones acerca de la historia social.

Lo que actualmente conocemos como historia social es el fruto de una larga evolución de la disciplina de la historia. Como es sabido, hasta comienzos del siglo XIX prevalecía una concepción que posteriormente se ha denominado *historia historisante* o *historia episódica*, según la cual, el rol del historiador consistía en establecer, a partir de los documentos, los hechos históricos, coordinarlos y exponerlos de manera coherente. Los hechos históricos eran hechos singulares, individuales, que no se volvían a repetir,

casi siempre de tipo político, diplomático, militar o religioso. Muy raramente se consideraban como hechos históricos los de índole económico o social. Y sólo muy excepcionalmente sus protagonistas eran los sectores subordinados de la sociedad; solamente las elites eran vistas como sujetos de la historia¹.

Según esta noción, los hechos históricos eran una realidad externa que se imponía al historiador; ellos existían independientemente de la conciencia de los hombres, y por ende la labor de los historiadores consistía en descubrirlos. Con distintos matices, tanto el positivismo como el historicismo, compartían los supuestos básicos de esta concepción. No voy a entrar a explicar la diferencia entre historicismo y positivismo, simplemente quiero señalar que a menudo, incluso en historiadores supuestamente consagrados, se hace uso y abuso del término “positivismo”, entendiéndolo por tal algo que, a mi juicio, no es positivismo sino más bien historicismo.

Lo cierto es que tanto para unos como para otros, la historia sólo podía ser comprendida a través del comportamiento humano guiado por actos conscientes y por eso otros campos de la vida del hombre en sociedad, como las clases sociales, las estructuras, la cultura popular, las mentalidades, etc., carecían de interés histórico.

Esta visión de la historia comenzó a ser fuertemente criticada desde fines del siglo XIX, aún cuando pueden encontrarse algunos antecedentes anteriores de tentativas de elaboración de historias alternativas.

Una serie de fenómenos sociales y políticos se conjugaron para cuestionar la visión tradicional de la historia. El desarrollo de la Revolución Industrial provocó transformaciones que generaron conflictos de clase muy agudos, que exigieron instrumentos de análisis distintos de los que proponía la historia tradicional. De esta manera surgieron la sociología, la teoría marxista (que abarca muchos campos, ya que no es solamente un método para analizar la historia, el materialismo histórico, sino que incluye también un análisis económico del modo de funcionamiento de la sociedad capitalista, una filosofía de la historia y un método filosófico general). Estas visiones críticas, en particular la marxista, fueron ganando influencia en la teoría económica, en la vida política y en las ciencias sociales.

Al mismo tiempo, en paralelo a este cuestionamiento intelectual por parte de los fundadores del materialismo histórico y del materialismo dialéctico, otras corrientes, demócratas y republicanas, también alentaron el surgimiento de posiciones historiográficas alternativas. Podríamos citar muchos ejemplos, pero por razones de tiempo voy a mencionar solamente dos: Michelet en Francia, historiador que puso el énfasis en el papel del bajo pueblo o pueblo llano en la Revolución Francesa, y el surgimiento, por los años 1860 y 1870, en Gran Bretaña de la llamada “Historia popular”, con J. R. Green como uno de sus cultores.

Hacia esa misma época empezó a acuñarse el término “cuestión social”, para designar los problemas del bajo pueblo, en particular, aquellos relativos a la condición

¹ Estas ideas han sido desarrolladas extensamente por Julián Casanova, *La historia social y los historiadores. ¿Cenicienta o princesa?*, Barcelona, Editorial Crítica, 1991.

obrero resultante de los procesos de industrialización y urbanización. La noción de “cuestión social” aparece vinculado con el surgimiento del concepto de Ciencias Sociales, que surge para diferenciándose de lo que hasta entonces eran sólo ciencias del Estado, como ocurría con la historia. Poco a poco empezó a concebirse la historia como “movimiento social”, como historia de la sociedad que incluía no sólo lo político, sino todos los demás ámbitos de la vida del ser humano en sociedad.

Saltándonos muchos hitos, señalaremos que en 1929 Lucien Febvre y Marc Bloch fundaron en Francia la *Revista Anales de Historia Económica y Social*, más conocida como los *Anales*, que significó una especie de revolución copérmica en la ciencia histórica. Esta escuela (que tomó su nombre de la publicación), puso el énfasis en los hechos económicos y sociales, en desmedro de lo que habían sido los elementos políticos prevalecientes hasta entonces. Hay que señalar que durante varias décadas este nuevo acento fue exacerbado, sobre todo durante la segunda generación de la Escuela de los Anales, aunque posteriormente ha tendido a corregirse o ha sido objeto de críticas por su unilateralidad.

En todo caso, lo más trascendente de la Escuela de los Anales -que dicho sea de paso tiene bastantes puntos de contacto con la historiografía marxista- es su concepción de la historia como un planteamiento de problemas que es necesario resolver y no como una simple recolección de hechos aislados que el historiador debe seleccionar y enlazar en un discurso coherente. La “nueva historia” representó una gigantesca reacción en contra de la historia política, la historia episódica y la historia narrativa, ya que para los fundadores de los *Anales*, este tipo de historia era superficial, una especie de pseudohistoria que había que criticar y superar. Febvre y Bloch postularon como alternativa una historia económica, social y mental que estudiara la interrelación entre individuo y la sociedad. Para ello se propusieron derribar los muros existentes entre la historia y las demás ramas de las Ciencias Sociales, practicando una estrecha interdisciplinariedad en beneficio de la disciplina de la historia.

Así surgió la “Nueva historia” o “Historia económica y social”, cuyo énfasis inicial en la economía la llevó hasta preconizar una suerte de *historia con la política excluida*; y luego, en una corrección de ese unilateral impulso inicial, postuló un proyecto de *historia total*, una historia que incluya todos los ámbitos del devenir del hombre y de la sociedad, y por ende, también su dimensión política.

Esta introducción un tanto larga es para plantear que, hay dos visiones acerca de la historia social. Una la concibe como abarcadora de la sociedad en su conjunto, de todos los aspectos que hacen la historia. La otra mirada, ve la historia social como una historia de campos especiales, de ciertos estudios particulares.

Para muchos historiadores, especialmente de la Escuela de los Anales y de la tendencia marxista, no hay historia social como una rama específica de la historiografía. Los propios fundadores de la Escuela de los Anales sostenían esta posición de manera categórica. Así, por ejemplo, Lucien Febvre en una conferencia dictada en 1941 en la Escuela Normal Superior de París afirmó lo siguiente:

“Repito, por tanto, no hay historia económica y social. Hay historia sin más, en su unidad. La historia que es, por definición, absolutamente social. En mi opinión, la historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras [...]; actividades y creaciones con las que cubrieron la superficie de la tierra y la sucesión de las edades”².

Y más adelante precisó que:

“[...] el objeto de nuestros estudios no es un fragmento de lo real, uno de los aspectos aislados de la actividad humana, sino el hombre mismo, considerado en el seno de los grupos de los que es miembro”³.

Según este planteamiento, la historia es, por definición, absolutamente social y, por lo tanto, no correspondería hablar de una rama específica de la historiografía denominada “historia social”. La historia social no sería más que una especialización, con el mismo estatus que la historia económica, política, demográfica, etcétera. Esta idea, ya lo anunciábamos, es compartida por muchos historiadores marxistas. Eric Hobsbawm propuso en 1971 la fórmula de “historia de la sociedad”⁴; y Albert Soboul sostuvo que “todo dominio de la historia, incluso el más tradicional, pertenece al dominio de la historia social”⁵, aunque es necesario precisar el propio Soboul tiene algunas definiciones que son contradictorias con ésta.

Otro historiador francés, Georges Duby, propuso hacer converger en la historia social, la historia de la civilización material, la historia de las mentalidades colectivas, y la historia del poder. La historia social sería la síntesis de todos estos aspectos, la confluencia de todo.

Así tenemos una primera visión acerca de la historia social, que podríamos sintetizar en la fórmula: *toda historia es social, por lo que no corresponde hablar en sentido estricto de historia social como una rama de la historiografía*.

Sin embargo, en la práctica se ha ido imponiendo un sentido de la historia social como una rama específica de los estudios historiográficos. Desde la década de los cincuenta se empezó a constituir esta categoría como una especialidad dentro de los estudios históricos junto a la historia demográfica, económica, política, etcétera. Suponiendo entonces que existe la historia social como un campo de estudios determinados, habría que preguntarse entonces: ¿cuál es su objeto de estudio?

Examinemos lo que piensan algunos connotados historiadores.

² Lucien Febvre, *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel, 1970, págs. 39 y 40.

³ *Ibid.*

⁴ Un desarrollo de esta propuesta en Eric Hobsbawm, “De la historia social a la historia de la sociedad”, en Eric Hobsbawm, *Sobre la historia*, Barcelona, Crítica, 2002, págs. 84-104.

⁵ Albert Soboul, “Description et mesure en histoire sociale”, en *L’histoire sociale. Sources et méthodes*, Paris, PUF, 1967, pág. 9.

Para Jean Bouvier:

“La historia social es el estudio de los grandes conjuntos, las clases, los grupos sociales, las categorías socio-profesionales”⁶.

Vuelvo a Soboul, quien, contradiciéndose, al menos parcialmente con lo sostenido anteriormente, en otro texto dice que:

“La historia social aparece vinculada al estudio de la sociedad y de los grupos que la constituyen, en sus estructuras, como desde el ángulo de la coyuntura, en los ciclos, como en la larga duración”⁷.

Si aceptamos estas definiciones, a la historia social le correspondería *un campo especial* del estudio general de la historia.

Así entramos en la médula de nuestro planteamiento respecto de la vigencia y la actualidad de la historia social. Cualquiera que sea la concepción que tengamos de ella, habrá que concluir que su territorio es enorme porque sus objetos de estudio serían: las estructuras, clases y grupos sociales, las categorías socio-profesionales, las mentalidades, las ideologías o las representaciones mentales de los grupos humanos. También entrarían en sus dominios el estudio de los grupos familiares, los problemas de género, etcétera.

Creo que en historiografía, como en muchas cosas de la vida, hay que involucrarse, comprometerse y definirse. Porque aunque podría limitarme a hacer una exposición académica de lo que unos u otros piensan acerca de la historia social, o de la importancia que le otorgan distintos autores, creo que eso no basta. En este caso, prefiero definir mi posición respecto de la historia social.

Personalmente me inclino hacia la postura que ve la historia como un todo, pero con entradas o énfasis distintos. Cuando los historiadores reconstruimos la historia (porque la historia la hacemos todos, día a día, seamos o no historiadores), en el fondo lo que intentamos es hacer *historia de la sociedad en su conjunto*. Si bien me he especializado en la historia de los movimientos sociales y políticos populares, eso no significa que renuncie a la pretensión de hacer historia de la sociedad en su conjunto. Simplemente, lo que hago es priorizar mi punto de entrada a la historia de Chile, en este caso, *desde* los sectores populares. Pero al mismo tiempo, no puedo renunciar a mirar y aprehender al conjunto de la sociedad, a todos los actores, puesto que los sectores populares no viven en una especie de cúpula, en una burbuja, sino que en interrelación con otros actores sociales y con todos los factores que determinan la vida de una sociedad. Por eso me inclino a pensar que toda historia, toda buena historia, es necesariamente social. Sólo varía el énfasis, el punto de entrada desde el cual nos aproximamos a ella.

⁶ Jean Bouvier, “Histoire sociale et histoire économique”, en *L’histoire sociale. Sources et méthodes*, *op. cit.*, pág. 239.

⁷ Soboul, *op. cit.*, pág. 11.

La importancia y vigencia de la historia social.

Esto se puede argumentar por ambos lados, en función a la concepción a la que adhiramos. Ambas, en el fondo, me llevan a las mismas conclusiones. Si abrazamos el planteamiento de que toda historia es social, entonces el argumento sería igual al de la importancia de hacer historia a secas, porque si toda historia es social, la relevancia de hacer historia social equivale a la importancia de hacer historia.

Si, por el contrario, entendemos la historia social como un campo específico de los estudios históricos, su importancia estaría ligada a la receptividad de la historiografía en la sociedad, que es un punto sobre el cual me quiero detener y que tiene que ver con la actualidad.

Hay algunos elementos del mundo de nuestros días, y en particular del Chile actual, que me reafirman la importancia que tienen la historia en general y la historia social en particular. ¿Cuáles son algunos de estos elementos?

Primero: crisis de los grandes relatos y paradigmas.

La “caída de los muros” y la decepción respecto de promesas no cumplidas de la modernidad, han hecho que algunos grandes relatos y paradigmas, entre otros el marxismo, pero no solamente el marxismo, entren en crisis, sin que hasta el día de hoy, salvo, tal vez, las religiones y los integristos religiosos, no surjan grandes relatos que intenten dar una explicación y solución global a los problemas de la sociedad.

Otro elemento que está muy presente en nuestro caso, es el desprestigio de la política y de los políticos. Una suerte de apatía ciudadana; un desprestigio de la clase política, pero no sólo de ella, sino también desinterés de los ciudadanos por la cosa pública, la cosa política. Del mismo modo asistimos a una creciente incredulidad en las capacidades mágicas de la economía. Ya nadie cree, como hasta hace algunas décadas, o como se pensó ciegamente en el siglo XIX, que la economía, el progreso económico y tecnológico, el llamado “desarrollo impetuoso de las fuerzas productivas”, sea la panacea para los problemas de la humanidad. Hemos conocido gran progreso económico y grandes avances de la tecnología y de la capacidad de producción de la humanidad, pero si bien esto ha resuelto ciertos problemas, otros han persistido o han surgido nuevos problemas que el mero crecimiento económico no ha sido capaz de solucionar.

Por último, y digo “último” en un sentido figurado, porque podríamos hacer una lista eterna de problemáticas o elementos del contexto actual, constatamos que hay una crisis de identidades por efecto de la globalización. Este mundo interconectado en que todos ven las mismas películas en cualquier lugar del globo, se visten más o menos de la misma manera y consumen los mismos productos culturales, ha afectado fuertemente las identidades de los grupos nacionales, regionales y locales, de distintos segmentos sociales y culturales. Y en contrapartida, es claramente perceptible un interés creciente por lo particular, lo local y los “sujetos olvidados”.

Muy ligado a este último elemento se manifiesta la búsqueda de raíces identitarias. La gente quiere saber quién es, de dónde viene y para dónde va; a qué

comunidad pertenece, con quién está unida en torno a cuestiones fundamentales. Eso puede tener muchas expresiones, como la pertenencia fanática a las barras bravas o a cualquier movimiento cultural de “tribus urbanas”, adhesiones que se convierten en el principal factor identitario, sobre todo de los jóvenes, pero también de muchos adultos.

Entonces, si éstos son algunos de los elementos de la crisis y los nuevos intereses de ciertos grupos sociales, la historia social tendría un gran futuro, porque sería aquella área de la historiografía que tendría más llegada a la gente, por su preocupación por los conjuntos (no solamente por los personajes descolantes, los grandes políticos o los hombres de Estado), y por su intento de entender la política como expresión de lo social, sin por ello negarle su propia especificidad.

Aquí habría que detenerse para abordar algunos excesos en que ha incurrido la historiografía social, incluso en Chile. Me refiero a la tentativa, a mi juicio desafortunada, de hacer historia social *con la política excluida*, ya que me parece mucho más rica, y esa es mi apuesta, una historia más abarcadora, *una historia social con la política incluida*⁸. Pero es un tema que podemos dejar para el debate, más adelante.

La historia social tendría, además, grandes ventajas por la atención puesta no sólo en lo singular o excepcional, sino también en lo masivo, lo repetitivo, lo cotidiano y lo serial, es decir, en aquello que generan y producen todas las personas, y no solamente algunas figuras sobresalientes, como eran las que ponía en escena la historia tradicional.

Pienso que en Chile también hay buenas perspectivas para la historia social por la “ventaja comparativa” de las actuales generaciones de historiadores sociales respecto de la generación anterior, la de los historiadores sociales marxistas clásicos o estructuralistas (como Hernán Ramírez Necochea, Marcelo Segall, Mario Góngora, Álvaro Jara y, en cierta medida, también Sergio Villalobos). Porque el énfasis ahora no se está poniendo - como lo hacían ellos- en las estructuras, en esa larguísima duración, en la cual los seres humanos de carne y hueso, prácticamente se pierden, donde la política pasa a ser algo irrelevante ya que lo que cuenta son las condicionantes geográficas y climáticas, las tendencias profundas de los precios y de las mentalidades que casi no cambian a lo largo de los siglos. Nuestro centro de atención está puesto en la acción de ciertos sujetos

⁸ Un desarrollo de estas ideas en: Sergio Grez Toso, “Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, siglo XIX)”, en *Política*, vol. 44, Santiago, 2005, págs. 17-31. Versiones electrónicas en:

<http://www.sepiensa.cl/edicion/index.php?option=content&task=view&id=593&Itemid=40>

<http://www.memoriachilena.cl/upload/mi1018-3.pdf>

<http://rcci.net/globalizacion/2006/fg589.htm>

<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=25395>

<http://72.14.203.104/search?q=cache:em3PrCI->

[pZAJ:www.archivochile.com/pageach1.html+%22escribir+la+historia+de+los+sectores+populares%22&hl=es&gl=cl&ct=clnk&cd=4](http://www.archivochile.com/pageach1.html+%22escribir+la+historia+de+los+sectores+populares%22&hl=es&gl=cl&ct=clnk&cd=4)

<http://72.14.203.104/search?q=cache:AuaV8Se7fPAJ:www.icalquinta.cl/modules.php%3Fname%3DContent%26pa%3Dshowpage%26pid%3D1010+%22escribir+la+historia+de+los+sectores+populares%22&hl=es&gl=cl&ct=clnk&cd=5>

http://virginia-vidal.com/anaquel/article_296.shtml

http://www.lorenzoarenas.cl/Escribir_la_historia_Revista_Politica_.dochttp://72.14.209.104/search?q=cache:MNJhqJgee9oJ:www.paginadigital.com.ar/articulos/2006/2006prim/literatura4/escritores-160606.asp+%22sergio+grez%22&hl=es&gl=cl&ct=clnk&cd=10

colectivos, intentando hacer una historia de los actores, especialmente de los actores sociales. Y esta “ventaja” se vería reforzada, porque estamos incorporando junto a los sujetos colectivos tradicionales -como el proletariado en la historiografía marxista clásica de Ramírez Necochea, Julio César Jobet o Marcelo Segall-, a nuevas categorías de sujetos. Ya no se estudia solamente a esa clase obrera paradigmática, redentora de la humanidad, poseedora de todas las virtudes, que iba a hacer la Revolución porque era la portadora del futuro, sino que, sin descuidar los estudios sobre este sector social, se han agregado otros actores y preocupaciones: la masa peonal preindustrial, el artesanado, el género, las etnias, etcétera. La lista puede ser muy larga.

Otra ventaja de la historia social, es que toma en cuenta no sólo la asociatividad y la política, sino también lo cultural y lo cotidiano. Igualmente porque en lo metodológico incorpora la oralidad, la participación de los propios actores, su subjetividad. Y aunque la subjetividad no es *la* historia, ni es *toda* la historia, es también una parte muy importante de ella porque trata de cómo los propios actores ven los hechos históricos, se conciben a sí mismos y conciben a los otros⁹.

En síntesis, creo que hay que entender la historia social como una vía de entrada privilegiada para hacer buena historia. ¿Y qué es una “buena historia”, se preguntarán ustedes? En mi concepto, es una historia que toma en cuenta una gran variedad de elementos en el devenir de las sociedades humanas: factores económicos, políticos, culturales, ideológicos, mentales, etc. Una historia que, sin negar el rol de las personalidades (porque ellas existen, y muchas son descollantes), pone el énfasis en las fuerzas y sujetos colectivos. De este modo, encontraríamos la mejor entrada para avanzar hacia un proyecto que, en mi concepto, es irrenunciable: el proyecto de *historia total*.

Pregunta 1: Buenas tardes, profesor. Es bastante completa e interesante la exposición. Y hace un recorrido general de los grandes planteamientos de la historia social, lo que presenta un contexto muy general. Cuando aterriza a esta nueva historia social, la que se desarrolla después del estructuralismo, apunta principalmente a un desafío por reconstruir una identidad perdida, perdida en este contexto de la globalización. Es un diagnóstico general y uno de los elementos que presenta era el problema de la identidad, y cómo la globalización nos restaría un potencial de identidad particular: todos nos vestimos igual, todos comemos lo mismo, etc. El problema es cómo,

⁹ Algunos de estos problemas, en particular, los relativos a las identidades populares y a las miradas del “otro” y de sí mismos han sido tratados por Luis Alberto Romero, “Los sectores populares urbanos como sujetos históricos”, en *Proposiciones*, N°19, Santiago, 1990, págs. 268-278. Véase, también del mismo autor: Luis Alberto Romero, *¿Qué hacer con los pobres? Elite y sectores populares en Santiago de Chile 1840-1895*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1997, en particular la sección “¿Cómo son los pobres?”, págs. 165-185.

Algunas consideraciones sobre los peligros y precauciones en el empleo de la memoria y la historia oral como fuentes para reconstruir la historia, se encuentran en Sergio Grez Toso, “Historiografía, memoria y política. Observaciones para un debate”, en *Cuadernos de Historia*, Santiago, marzo de 2005, págs. 107-121. Versiones electrónicas en de este último artículo:

<http://www.sepiensa.net/edicion/index.php?option=content&task=view&id=630&Itemid=40>

http://virginia-vidal.com/publicados/ensayos/article_289.shtml

<http://spaces.msn.com/deathcivil/Blog/cns!41AA7FAE8C9EEEB4!227.entry>

<http://www.icalquinta.cl/modules.php?name=Content&pa=showpage&pid=1066>

desde la amplia gama de estudios de esta nueva historia social, que va desde el lado del género, de los trabajadores, los indígenas, etc., se podría estar aunando, todos ustedes los historiadores de esta nueva historia social por reconstruir la identidad. O sea, su estudio, profesor, sobre los movimientos obreros, habla de una identidad obrera, hablan de una identidad con ciertos antecedentes, para llegar a construir los movimientos sociales de principios del siglo XX. La pregunta es si el desafío de ésta nueva historia social ha sido pensado así, ha sido replanteado, ha sido conversado, ha sido una cuestión de decir *a ver, estamos estudiando múltiples actores, una amplia gama de actores, ¿cómo reconstruimos identidad ahí?* ¿Cada uno está tratando de reconstruir la propia identidad del sujeto que está estudiando, o está pensándose de nuevo esta nueva historia social?

Profesor Grez: Es difícil responder eso. No lo he conversado con ningún colega, pero pienso que hay algunos intentos. La *Historia Contemporánea de Chile*, de Gabriel Salazar y Julio Pinto, en cierto modo es eso, aunque sus volúmenes son bastante disímiles. Hay algunos que son una especie de síntesis historiográfica (estoy pensando en el volumen II que redactó Julio Pinto); y hay otros que se meten en ciertos temas, con una mirada más propia, sin tanto cuidado (en el sentido de reunir todas las miradas sobre un mismo tema). Creo que semi conscientemente existe la pretensión que tu mencionas, a la cual no habría que renunciar. El problema es que no es algo que haya sido sistematizado o planteado “orgánicamente”: Nadie -que yo sepa- ha dicho: “aquí, a través de éste núcleo de historiadores, vamos a construir un proyecto en que todo esto se va a integrar”. Yo creo que eso no ha ocurrido, pero existen instancias asociativas, o de trabajo, o de convergencia donde esas cosas se dan. Un ejemplo: la *Historia Contemporánea de Chile*, pero podríamos citar otras iniciativas puntuales, que limitan entre lo político y lo historiográfico. Por ejemplo, el *Manifiesto de Historiadores*. O tentativas de construcción de referentes académicos, como la *Revista de Historia y Ciencias Sociales* de la Universidad ARCIS, que en algunos medida, hacia eso pueden apuntar. Pero así, con tanta claridad, como tú lo planteas, no podría darte una respuesta exacta.

Pregunta 2: Usted planteó, y yo creo que es del conocimiento de la mayoría, que llegó un momento en la historia mundial en que se perdió la confianza en las estructuras, con respecto a la caída del socialismo, en el momento en que la sociología y la historia llevaban la voz cantante en lo contingente de la política mundial, y se pasó a un momento, que es el actual, en el que los temas de interés de los historiadores se han reducido, son más locales. Es por eso que se hacen historias de grupos, de colectivos, de regiones. Mi pregunta apunta hacia lo siguiente: en ese momento, en ese período anterior, los historiadores tenían una voz política, digamos, bastante solicitada; los historiadores publicaban en los diarios, eran fuente de opinión, a eso me refiero. Actualmente vemos, si es que, algunos artículos de historiadores que aparecen publicados en las páginas de editoriales de algunos diarios, de qué manera los historiadores recuperan, si es que lo necesitan, o les interesa, esa voz cantante en la actualidad de un país o de una sociedad.

Profesor Grez: Es difícil responder con una generalización. Puedo responder por mí mismo, no por el gremio, porque “de todo hay en la viña del Señor”. El concepto de historiador es muy amplio, y abarca una gran variedad de posturas epistemológicas, ideológicas, diversas adscripciones a corrientes o escuelas historiográficas. Eso como primer alcance.

Segunda observación: aunque no lo alcancé a plantear en mi exposición, hay que señalar que estaríamos asistiendo a la emergencia de una tercera generación de historiadores sociales, compuesta por gente más joven que nosotros, y que, naturalmente, lleva el sello de su tiempo. Es una generación que ha sido afectada tanto o más que nosotros por la crisis de los paradigmas y el “derrumbe de muros”. Es una generación mucho más marcada por el posmodernismo y la crisis de los grandes relatos. Tal vez ahí se anida lo que tú dices, esta tendencia a hacer historia de conjuntos más pequeños. En lo que a mí respecta, creo que nunca hay que renunciar, por pequeño que sea el objeto de nuestro estudio, a una pretensión de comprensión más global de la sociedad; no hay que conformarse con hacer una microhistoria por sí. Si bien una pequeña historia es válida, esa historia pequeña es aún más válida en la medida que nos permita entender mejor grandes procesos, grandes fenómenos.

Creo que los historiadores no debemos renunciar a una visión más omnicomprendiva. No digo que tengamos que sentar las bases de una teoría que lo explique todo, pero debemos tener una mirada más global, por lo tanto más política de la sociedad. Repito que no puedo responder por el conjunto de los colegas porque tal vez algunos se sienten muy cómodos trabajando sus monografías, sus temas, y lo hacen muy bien, de manera muy erudita, y no les preocupa tener o no repercusión social. A mí sí me preocupa. Si escribo algo, quiero que eso no quede solamente en las estanterías de una biblioteca universitaria, que lo lea la mayor cantidad de gente posible, que ojalá la prensa (lo cual casi nunca se logra), me interrogue por eso. Que ojalá lo que uno hace, tanto a nivel personal como de un colectivo, sirva para nutrir las reflexiones de aquellos que están haciendo historia día a día, de quienes toman decisiones grandes o pequeñas. Creo firmemente -como un deber irrenunciable- en el compromiso social de los historiadores. No me refiero al compromiso con una causa determinada o con un partido, sino en un sentido amplio. Hay un compromiso con la disciplina, pero la otra cara de la medalla es el compromiso social: que la historia que nosotros escribimos sirva de algo, le sirva a alguien y no sea una simple colección de erudiciones. La historia que pretendemos reconstruir, aún cuando hable de épocas muy pretéritas tiene que ser actual, en el sentido que nos explicaba un colega español que anda de paso por Chile, Julio Pérez, de Cádiz, que ha creado una Asociación de Historia Actual. Cuando este colega nos invitó a participar en ella, le dije que yo no hago “historia del tiempo presente”, aquella historia con actores que aún están vivos. Lo más cercano a la actualidad que he llegado a trabajar en la historia de Chile es por ahí por el año 1925, una historia a estas alturas casi sin testigos vivos. Él me respondió que no importa, que el concepto de “Historia actual” no es el mismo que utilizan los franceses a través de su Instituto de Historia del Tiempo Presente. “Historia actual” tiene que ver con temáticas que interpelen los problemas de la sociedad actual, aún cuando esos hechos puedan haber ocurrido en el Imperio Romano. Creo que esa pretensión de “actualidad” de la historiografía es irrenunciable. Por lo menos, a mí me preocupa mucho la proyección social y política de mi trabajo.